

*Alimentación y Nutrición en México. Una Política de Estado para un Proyecto de Nación*

*Dr Abelardo Avila Curiel.*

*Investigador de la Dirección de Nutrición del Instituto Nacional de Ciencias Médicas y Nutrición Salvador Zubirán*

El sistema alimentario mexicano se encuentra actualmente en el peor de los escenarios posibles, su crisis no tiene precedentes. No solo se ha perdido la capacidad de generar los alimentos que requiere la población, sino que se ha perdido la soberanía sobre la conducción estratégica del sector alimentario. Esta crisis no sólo ha generado el empobrecimiento del medio rural sino que ha profundizado la desigualdad, en condiciones de estancamiento económico. La renuncia intencional del Estado a intervenir en la conducción del sistema alimentario ha permitido en muy breve plazo la adopción de patrones alimentarios profundamente dañinos para el medio ambiente y para la salud de la mayoría de la población; situación agravada en los estratos económicos más pobres que continúan padeciendo importantes problemas de desnutrición en las primeras etapas de la vida, y a partir de la etapa escolar se ven inmersos en un ambiente obesigénico con graves repercusiones para la salud; tanto por la mayor labilidad al daño metabólico como por el precario acceso a un diagnóstico y atención oportunos por los servicios de salud.

La epidemia de enfermedades crónicas asociadas a la obesidad pone en situación de inviabilidad financiera a la estructura del sistema nacional de salud; el daño a la salud proyectado estaría aniquilando a la fuerza laboral en el futuro a corto plazo; sólo el retorno inmediato a un modelo de alimentación saludable basado en la cultura alimentaria nacional podría evitar el colapso en menos de dos décadas, justo cuando el país estuviera en condiciones de acceder a la etapa de bono demográfico.

La epidemia de sobrepeso y obesidad que se producido en México desde hace dos décadas ha dado lugar a un incremento sin precedentes en la prevalencia de diabetes. La tasa de mortalidad por esta causa pasó de 31.7 a 76.5 (/100,000) a escala nacional entre 1990 y 2010; se estima para el año 2012 que alcance una tasa de 81.3. En este periodo se incrementaron las defunciones anuales por diabetes de 25,800 a 81,300, pasando de representar el 5.8 al 14.3 del total de defunciones. La magnitud del crecimiento de estas tasas no tiene precedente a escala mundial; lo que refleja que las políticas públicas no han sido las adecuadas y obliga a reflexionar acerca de la responsabilidad del Estado mexicano para garantizar el derecho a la salud de la población.

Como documenta la serie histórica de las cinco Encuestas Nacionales de Salud y Nutrición (ENN88 y 99, ENSA 2000, ENSANUT 2006 y 2012), la creciente epidemia de obesidad ha permeado extensa e intensamente a todos los sectores de la sociedad: de los estratos socioeconómicos altos a los bajos, del medio urbano al medio rural, de la edad adulta al la etapa infantil. Podemos afirmar que hemos llegado a la etapa de saturación epidemiológica de sobrepeso y obesidad, es decir el máximo fisiológico y ecológico con el que puede manifestarse una epidemia.

Aunque las manifestaciones de la diabetes mellitus tipo II cada vez es mayor su presencia en adultos jóvenes, incluso en adolescentes, lo que significa que el daño metabólico que ocasiona la diabetes empezó en la infancia, debemos considerar entonces que la diabetes es un problema que está afectando a todos los sectores de la población mexicana. Recientemente estudios en población escolar han permitido reconocer graves alteraciones metabólicas en niños obesos en edades tan tempranas como los 6 años, situación que se agrava conforme avanza la edad. Esta situación implica la negación absoluta al derecho a la salud de los niños y de las niñas.

Lo peor del daño a la salud de la población a consecuencia de la epidemia de obesidad está por venir. Las enfermedades asociadas con esta condición (síndrome metabólico, diabetes mellitus, infartos, accidentes cerebro vasculares, insuficiencia renal, insuficiencia cardíaca, daño hepático, neuropatías, ceguera, artropatías y mayor riesgo de desarrollar tumores malignos) son padecimientos incurables, progresivos, caros, incapacitantes, costosos y de larga duración. Implican costos enormes, tanto en la economía de quien la padece, como en el costo que debe recaer en el sistema de salud para atender la demanda. La proyección de los gastos involucrados en la atención médica de la diabetes conduce al colapso financiero del sistema nacional de salud en el corto plazo. Actualmente no hay posibilidad de financiar las hemodiálisis requeridas por 150 mil de los 300 mil mexicanos que la requieren, la mayoría a consecuencia de la diabetes mellitus, padecimiento que es también el principal causante de ceguera y amputaciones.

Debido a la programación metabólica que la desnutrición infantil genera en los primeros años de la infancia, y a la migración del medio rural pobre al medio urbano obesigénico, es la población rural más pobre, la que presenta el mayor riesgo de desarrollar obesidad y diabetes; también es esta población quien accede más tardíamente al diagnóstico y la que presenta menor acceso a los servicios de atención médica. Además de los costos económicos directos se debe considerar los costos indirectos en pensiones, incapacidades, destrucción de la fuerza laboral que debería propiciar el acceso de la nación al bono demográfico; los costos sociales también son de gran magnitud: la ruptura del tejido social y familiar y el enorme sufrimiento humano involucrado. Si no se interviene de manera decidida para poner freno a la epidemia de diabetes, no es exagerado afirmar que la viabilidad misma de la nación está comprometida.

La crisis del sistema alimentario mexicano se entrecruza con otras crisis: la económica, la sanitaria; la social, la laboral y la ambiental; su solución es imposible mediante las recetas convencionales del modelo neoliberal vigente, el cual no ha podido probar objetivamente su eficacia. Debemos asumir el reto de repensar la cuestión alimentaria, como una totalidad integrada por elementos y procesos de gran complejidad con horizonte a largo plazo. Tres grandes ejes se definen como el núcleo un modelo alternativo para enfrentar la crisis: 1) abatir la pobreza en el corto plazo, 2) propiciar una equidad progresiva en la distribución de la riqueza y 3) garantizar la sustentabilidad de los procesos agrícolas e industriales, como condición para evitar el colapso social, económico y ambiental. Además de detener el grave deterioro del país; se requiere aprovechar la crisis del modelo alimentario para contribuir a refundar el proyecto de nación basado en el bienestar y el desarrollo pleno de capacidades de todos los habitantes de la nación con pleno

respeto a los derechos humanos y ambientales, así como a la diversidad multicultural, étnica y de género.

Actualmente el Estado no ha demostrado ser un instrumento eficaz para la conducción de las acciones que permitan enfrentar la crisis alimentaria. Para reconstituir al Estado Mexicano, se requiere recuperar su rectoría como el centro fortalecedor y el gran articulador de las políticas, frenar el desorden institucional y la erosión de las instituciones. Un Estado que coordine, regule, ordene y sancione a los mercados. No se trata de ninguna manera de regresar a una etapa de Estado centralista, autoritario, paternalista, ni corporativista; por el contrario, se requiere avanzar hacia la consolidación de un estado moderno, eficiente, democrático, basado en la racionalidad del crecimiento económico para el bienestar y el bienestar como condición para el crecimiento económico. La construcción de ciudadanía es el elemento clave para que el estado pueda asumir estas funciones mediante la generación de modelos incluyentes donde se asegure la participación real y activa de todos los actores sociales al ejercer el derecho y cumplir con la responsabilidad de una verdadera construcción de ciudadanía continua y plural, una construcción en conjunto de un Estado producto de un renovado pacto social que movilice y se apoye en los intereses comunes de la gran mayoría de la población.

Se requiere pues, trascender del análisis de la debilidad de las políticas públicas que han sido incapaces de enfrentar, la pobreza, la desigualdad, el colapso del medio rural, la crisis económica, el hambre y el daño a la salud por la epidemia de obesidad, para construir una alternativa viable de desarrollo nacional que garantice a la par el crecimiento económico y el desarrollo humano armónicos, sin que necesariamente se precedan o antagonicen.